

Acceso a los manuscritos de Jaime Bonet

Fuente de unos Ejercicios predicados a dirigentes VD (1981)



Texto 7 *Fidelidad*¹.

I. Meditación

1. El don de la fidelidad como Dios la entiende: la divinización de la persona

Fidelidad. Entender como Dios, para dialogar con Él²: «Te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahveh» (Os 2,22).

La fidelidad que Dios me da como dote no es para que Dios me tenga sumiso o sujeto como un esclavo dependiente de Él, para que pueda disponer de mí como puede un señor tener un criado a su servicio, siempre en condición inferior. Todo lo contrario, es una fidelidad a su ley de vida, a su nivel de amor, a la altura de su conocimiento: la divinización de la persona, haciéndola partícipe de su propia vida para compartir con Él, como vemos en 2P 1,3-4: «...mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina».

2. La fidelidad para la felicidad suprema del hombre: Seréis felices cuando seáis fieles

Quiere así Dios salvar la distancia abismal que le separa del hombre caído, como leemos en Isaías: «Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros» (Is 5,9)³. Fidelidad para la felicidad suprema del hombre, la felicidad misma de Dios: «Seréis felices cuando seáis fieles, cuando lo practiquéis, si lo cumplís» (cf. Jn 13,17). Llevar así al hombre hasta su vocación suprema: la felicidad misma de Dios, participando de su vida divina, del propio ser y linaje de Dios, como recuerda el Vaticano II: «La vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina» (GS 22).

Verdad a tener en cuenta para anunciar a todos los hermanos la sublime dignidad a que tienen derecho; con toda justicia por gracia del Señor. Por lo que -como añade el Concilio- «debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual. Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta obscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba!, ¡Padre!» (GS 22).

¹ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 10a, pp 25-28. Siete Aguas, 23 agosto 1981. A nivel editorial, las segmentaciones del texto y notas del editor se indican con la letra redonda, mientras la letra cursiva se reserva para el texto de Jaime tal como consta literalmente en su *Manuscrito*. En las notas se indica con exactitud el inicio de cada página del *Manuscrito* y algunas variantes útiles para la edición crítica.

² Cf. *Idem*, Cuaderno 10a, p 25.

³ Añadida la cita: Is 55,9.

3. La fidelidad-alianza, conocimiento íntimo de total entrega y posesión recíprocas

Por esto dice Dios: «te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahveh» (Os 2,22)⁴. «No es pues un simple conocimiento⁵ intelectual, sino que así como Dios se da a conocer al hombre ligándose a él por una alianza, manifestándole su amor con sus beneficios, así también el hombre conoce a Dios por una actitud que implica la fidelidad a su alianza, al reconocimiento de sus beneficios, el amor, [...] como el amor y fidelidad absoluta de un matrimonio-alianza que será ya único y definitivo, porque habrá logrado ese conocimiento íntimo de total entrega y posesión recíprocas [...]. De forma que en la literatura sapiencial el “conocimiento” es poco más o menos sinónimo de “sabiduría”» (de la nota de Biblia de Jerusalén a Os 2,22). Esta sabiduría⁶ es el primer don del Espíritu, don de la inteligencia divina para participar en el convite eterno de su propio ser, de su amor. Porque ya somos también de su linaje, pues «en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28).

4. La fidelidad nos hace familiares de Dios, hijos de verdad, amigos de Jesús

«Somos linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (cf. 1P 2,9); familiares de Dios, hijos de verdad: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1Jn 3,1); amigos de Jesús (cf. Jn 15,14-15). Compartimos así la raza, la sangre, el amor de la familia divina en convivencia, convite eterno. Tal es el seguimiento de Jesús, la oración, amistad con Él, sentados a su mesa conociendo, alimentándonos de su amistad: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

«Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: “¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa -la Iglesia- se ha engalanado -gracias a su dote de fidelidad, de inteligencia para conocerle- y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura -el lino son las buenas acciones de los santos” -aclara San Juan-. Luego me dice: “Escribe -es la invitación que nos dirige y con que nos llama todos los días-: dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero”». (cf. Ap 19,6-9). Este es el Cordero de Dios.

5. De nuestra fidelidad participan y participarán los nuevos hijos que le irán conociendo

Es el gozo supremo del hombre en el banquete del conocimiento de Dios que gustamos en el trato íntimo con Él, en la comunicación amorosa, afectiva y transformante de la oración. Banquete, comida, vida abundante que compartimos con multitud de hermanos cada día para los que nuestras vidas son pastor y pasto con Jesús, y que con nosotros participan ya y participarán por generaciones numerosas como las estrellas del cielo y las arenas del mar, «como brotes de olivo en torno a tu mesa» (Sal 128), los nuevos hijos de Dios que a diario le irán conociendo en su convite de amor.

Con que nuestra alegría llega a su plenitud -como decía el Bautista- al dar a gustar a todos el manjar de Dios. Conscientes de que «la razón más alta de la dignidad humana consiste

⁴ Añadida la cita: Os 2,22.

⁵ Cf. *Idem*, Cuaderno 10a, p 26.

⁶ Añadido: es el.

⁷ Cf. *Idem*, Cuaderno 10a, p 27.

en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios (es su vocación suprema). Existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó y por el amor de Dios que lo conserva. Y solo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador» (GS 19).

Contentarse con menos y contentar con menos al hombre es una injusticia, un robo; en cierta manera la peor opresión, engaño y esclavitud; el subdesarrollo e incultura más lamentable y es el que más nos rodea y con el que convivimos con una inconsciencia imperdonable, ¡y puede que en la misma comunidad que llamamos de fe y de caridad!

Ahí veo yo la misión propia del Verbum Dei: elevar al hombre a su dignidad-identidad hasta el diálogo con Dios, máximo don de Dios al hombre, su propia inteligencia. ¡Si conocieras el don de Dios! ¡Qué sabio, qué padre pudiera heredar a su hijo su inteligencia! El peor inconveniente para un matrimonio es el desnivel de inteligencia. La mejor garantía, el mejor logro: el diálogo, la mutua comprensión e inteligencia. ¡Dios nos da su inteligencia! ¡Su rango, su altura, su nivel! ¡Su linaje de forma afectiva y efectiva! Podré alternar con Dios mis conversaciones y tertulias con Él: «Mi boca va a decir sabiduría y cordura el murmullo de mi corazón» (Sal 49,4). «Bulle mi corazón de palabras graciosas, voy a recitar mi poema para un rey; es mi lengua la pluma de un escriba veloz [...] la gracia está derramada en tus labios» (Sal 45,2-3).

El hombre espiritual -dice Pablo- lo juzga todo y a él nadie puede juzgarle; mas nosotros tenemos la mente de Cristo⁸. Hablamos de una sabiduría de Dios (cf. 1 Co 2,6-16). «Es la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia» (cf. Ef 1,7-9). Renovad⁹ el espíritu de vuestra mente (Ef 4,23). «No os acomodéis al mundo presente, renovad la mente (cf. Rm 12,1-2). Definirse con valentía en contra del mundo como Pedro, Pablo: «Jesús al que crucificasteis» (cf. Hch 2,36); como el Bautista, no afeminadamente. La fidelidad a Dios nos impide la alianza con el mundo¹⁰.

II. Prolongación de la meditación

La¹¹ misión específica del Verbum Dei-Palabra de Dios es¹² divina¹³: enseñar a Dios al hombre y descubrir la identidad del hombre, acercarlo a Dios, encararle a tratar con Dios.

El hombre ha sido creado -dice San Ignacio- para conocerlo, amar... Aquí no debemos admitir clases; también ellos tienen derecho a evangelizar. No veo para qué tenga que ser otro el espíritu ni medio o mediación de perseverancia: Vivir la inquietud, colaborar a esta evangelización: Escuelas apostólicas que evangelicen. Una amplísima colaboración y ayuda de todos a la evangelización. Sin más necesidad de otra labor social, puesto que incluye la primera y mayor justicia, caridad, fraternidad e igualdad radical y constitutiva, divino-humana integral del hombre. Si la vocación suprema del hombre es una, la divina. Si esta vocación es vocación a la unión con Dios. Si esta unión es una unión de amor. Si esta unión de amor es el trato amoroso. Si esta unión quiere que sea igual para todos y es por esto comunión...

⁸ ¿Quién conoció la mente del Señor para instruirle?

⁹ Cf. *Idem*, Cuaderno 10a, p 28.

¹⁰ Agregado en el margen izquierdo de la página 28.

¹¹ Añadido: La.

¹² Añadido: es

¹³ Palabra de difícil lectura.

Como dice Pablo: «Os exhorto pues, yo preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz (Ef 4,1-3)¹⁴. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4,1-6)¹⁵.

Pues esta vocación no es para nosotros, sino que es para la Iglesia. No para que yo haga de mis hermanos lo que me place, ni lo que place a ellos, sino sólo lo que agrada al Padre. Y no me va a ser difícil deducir la escala de valores, el criterio de Dios, de Cristo, sobre los valores que Él quiere en sus hijos, puesto que las Bienaventuranzas y consejos evangélicos son para todos. No todos serán Verbum Dei, pero es que el Verbum Dei no puede alterar los criterios y categorías de Cristo. Va a lo nuclear y fundamental del cristiano y lo propone sin miedo ni reparo alguno hasta las últimas consecuencias a todos, cualquiera que sea el carisma que tengan. Yo no doy otro temario ni otra exigencia a seglares y a diez congregaciones. Todos los fines «específicos» están en función del fin general que arranca del bautismo: sacerdote profeta y rey¹⁶.

III. Pautas de oración-reflexión-diálogo

1. ¿Entiendo el don de la fidelidad de Dios y a Dios como Él la entiende?
2. ¿Qué ofrece a mi vocación el binomio bíblico fidelidad-felicidad?
3. ¿Qué opciones tomo ante la fidelidad absoluta del Dios de mi alianza eterna?
4. ¿Vivo mi fidelidad como un proceso creciente de familiaridad con Dios?
5. ¿Imparto el bien de la fidelidad a nuevas generaciones nacidas de un amor fiel?

IV. Recuerda...

«Te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahveh» (Os 2,22).

«La fidelidad que Dios me da como dote no es para que Dios me tenga sumiso o sujeto como un esclavo...»

«Todo lo contrario, es una fidelidad a su ley de vida, a su nivel de amor, a la altura de su conocimiento: la divinización de la persona».

«Seréis felices cuando seáis fieles, cuando lo practiquéis, si lo cumplís» (cf. Jn 13,17).

«La vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina» (GS 22).

«Ahí veo yo la misión propia del Verbum Dei: elevar al hombre a su dignidad-identidad hasta el diálogo con Dios».

«Esta vocación no es para nosotros, sino que es para la Iglesia. No para que yo haga de mis hermanos lo que me place, ni lo que place a ellos, sino sólo lo que agrada al Padre».

«Las Bienaventuranzas y consejos evangélicos son para todos. No todos serán Verbum Dei, pero es que el Verbum Dei no puede alterar los criterios y categorías de Cristo».

«El Verbum Dei [...] va a lo nuclear y fundamental del cristiano y lo propone sin miedo ni reparo alguno hasta las últimas consecuencias a todos, cualquiera que sea el carisma que tengan».

«Todos los fines «específicos» están en función del fin general que arranca del bautismo: sacerdote profeta y rey».

¹⁴ Añadida la cita.

¹⁵ Añadida la cita.

¹⁶ Frase agregada en el margen izquierdo de la página 28.